

«De lectura obligada para
cualquier interesado en hacer
del mundo un lugar mejor.
Casi un milagro.»
Ha-Joon Chang

A woman in a dark swimsuit and orange life preserver is climbing a large, thick, blue arrow that points upwards and to the right. The arrow has a jagged, step-like path. The background is a dark blue gradient with small white specks, suggesting a night sky or space. The woman is positioned on the left side of the arrow, reaching up towards the top right.

El delirio del crecimiento

David Pilling

taurus


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis queridos hijos,
Dylan y Travis*

EL CULTO AL CRECIMIENTO

Durante más de setenta años las sociedades avanzadas se han mirado en el espejo con cierta vanidad y, por lo general, les ha gustado lo que ven: crecimiento. El espejo es, en realidad, el producto interior bruto (PIB) y se ha convertido en nuestro principal medio para juzgar nuestro atractivo como economías y como sociedades. La economía —eso que el PIB intenta medir— está por todas partes. No puedes olerla ni tocarla, pero es el ruido de fondo del mundo moderno. Es el alimento básico de los titulares, de los canales de información financiera y del debate político. Sin embargo, pese a ser un concepto tan fundamental, solo un número sorprendentemente pequeño de personas sabe con precisión qué es la economía o cómo estimamos su progreso. Lo único cierto es que debe avanzar de manera constante, como un tiburón.

Definimos la economía en relación con el PIB.^[1] Desde tiempos modernos, y en contra de las advertencias de su inventor, el PIB se ha convertido en un indicador del bienestar de un país. Si la economía crece, entonces todo debe estar bien. Si se contrae, será que no tanto. Pero el espejo en el que nos hemos estado mirando se parece más al de un parque de atracciones que al de un cuarto de baño. La imagen reflejada en él está burdamente distorsionada y cada vez se contradice más con la realidad. Nuestro espejo económico está roto.

Estamos viviendo en una «edad de la ira», definida por una reacción popular desfavorable y el rechazo a instituciones e ideales que antes eran apreciados, incluido el propio liberalismo occidental.^[1] En Estados Unidos esto ha llevado al auge de Donald Trump. Reino Unido ha votado a fa-

vor del Brexit y en Europa partidos no convencionales, tanto de derechas como de izquierdas, han provocado que el *statu quo* se tambalee. Hay convulsiones políticas, provocadas por revueltas populares, de India a Brasil y de Filipinas a Turquía.

Muchas explicaciones contradictorias tratan de interpretar lo que ha causado la ira popular en países que, a juzgar por las medidas convencionales, nunca habían sido tan ricos. Sin embargo, en todas hay un elemento común: la gente no ve la realidad de su vida reflejada en el relato oficial, un relato contado principalmente por economistas. Algunas de las fuerzas que forman parte de esta reacción son el resultado de cuestiones de identidad, una sensación de impotencia, la falta de vivienda asequible, la ausencia de una comunidad y la indignación contra la política monetaria y los crecientes niveles de desigualdad. Otras surgen porque nuestras definiciones de «crecimiento» y de «economía» ya no encajan con la experiencia vivida por la gente. Este libro pretende explicar la brecha que hay entre lo que los expertos dicen sobre nuestra vida y lo que nuestra vida parece en realidad.

Aunque casi todo el mundo ha oído hablar del PIB, pocos saben que se inventó en una fecha reciente, en torno a la década de 1930, como herramienta para hacer frente a la Gran Depresión, y que después se convirtió en un medio para prepararse para la Segunda Guerra Mundial. Lo primero que hay que entender es que la economía no constituye un fenómeno natural, una verdad que se pueda descubrir. Antes de 1930 prácticamente no existía. Es algo creado por los seres humanos, como el algodón de azúcar, los seguros de automóvil o la contabilidad de doble entrada.

Si el PIB fuera una persona, sería indiferente, incluso ciega, ante la moralidad. Mide la producción de cualquier clase, sin importar si es buena o mala. Al PIB le gusta la contaminación, en especial si es necesario gastar dinero para combatirla. Le gusta el delito porque le encantan las grandes fuerzas policiales y reparar ventanas rotas. Al PIB le agrada el huracán Katrina y está bastante de acuerdo con

las guerras. Le complace medir la escalada de un conflicto en número de armas, aviones y misiles para, después, contar el esfuerzo que precisará la reconstrucción de ciudades arrasadas a partir de sus ruinas humeantes. El PIB es bueno contando, pero es un pésimo juez de la calidad. Tiene unos horribles modales en la mesa. Para él, un juego de cubiertos compuesto por tres tenedores sirve igual que uno formado por un tenedor, un cuchillo y una cuchara.[2]

El PIB es un mercenario. No se digna a contar las transacciones en las que el dinero no cambia de manos. No le gustan las labores del hogar (aquí, al menos, estamos de acuerdo) y rehúye todas las actividades voluntarias. En los países pobres le cuesta dar cuenta de la mayoría de los esfuerzos humanos, el grueso de los cuales ocurre fuera de la economía monetizada. Puede rastrear el impacto económico de una botella de Evian en el supermercado, pero no el de una niña que en Etiopía recorre kilómetros a pie para conseguir agua de una fuente.

El crecimiento es un hijo de su tiempo, esto es, la era de la manufactura, y el PIB fue diseñado ante todo para medir la producción física. Tiene problemas para encontrarle sentido a las modernas economías de servicios, un defecto llamativo en los países ricos, donde los servicios, como los seguros y el diseño de jardines, son actividades dominantes. No se le da mal contar la producción de ladrillos, barras de acero y bicicletas, esas «cosas que se te pueden caer en el pie».[3] Pero si intenta hacer lo mismo con los cortes de pelo, las sesiones de psicoanálisis o las descargas de música, entonces se confunde. Se le da mal medir el progreso, justo aquello que suponemos que sabe hacer. Para nuestra principal medida de crecimiento un antibiótico vale céntimos, aunque un millonario sifilítico de hace cien años hubiera dado la mitad de su fortuna por un tratamiento de siete días.

En resumen, nuestra definición de la economía es bastante tosca. Como alguien le comentó de manera informal a este autor, «Si estás atrapado en un atasco durante una hora, eso contribuye al PIB. Si vas a casa de un amigo a echar

una mano, no». Eso es «todo lo que necesitas saber». Con la esperanza de que estuviera equivocado en esto último, espero que sigas leyendo.

Todos percibimos de manera instintiva que algo está mal, pero nos cuesta identificarlo con precisión. La crisis financiera global de 2008 fue la señal definitiva de que la economía nos había fallado. En los años previos al colapso de Lehman Brothers y el inicio de la recesión en prácticamente todo el mundo occidental, el culto al crecimiento nos había llevado a celebrar nuestras economías. Gente como Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal, dijo que todo iba como la seda y que había que dejar en paz a los mercados para que crearan aún más riqueza.

De hecho, nuestras medidas estándar no nos habían contado demasiado acerca de cómo se estaba creando el crecimiento; por ejemplo, que se construyó sobre la base de un crecimiento muy rápido de la deuda doméstica y de una ingeniería financiera aún más inteligente (léase «aún más idiota») impulsada por unos banqueros enloquecidos por los bonus. Las economías avanzadas, supuestamente, habían alcanzado un nuevo nirvana conocido como «la Gran Moderación», donde los inteligentes tecnócratas habían consignado a la historia los booms y las crisis y en el cual el mercado, si se le dejaba a su suerte, siempre producía un estado de equilibrio feliz.

El crecimiento económico revelaba poco sobre la creciente desigualdad o sobre los inmensos desequilibrios globales. Estados Unidos tenía enormes déficits comerciales financiados por los exportadores de petróleo de Oriente Próximo y por China, quienes se dedicaban a reciclar sus superávits comerciales comprando bonos del tesoro estadounidense. Los chinos, de hecho, estaban prestando dinero a los estadounidenses para que estos pudieran permitirse todas las cosas que se producían en la fábrica del mundo. Fue lo que mantuvo girando el carrusel del crecimiento.

to... hasta que se paró. Años después, muchos países occidentales, en especial en Europa, siguen esforzándose para que sus economías vuelvan a los niveles previos a 2008. Gran parte del crecimiento de los años anteriores ha resultado ser una ilusión.

Un problema del crecimiento es que requiere una producción incesante y, su primo carnal, un consumo incesante. A menos que queramos más y más cosas, y más y más experiencias pagadas, el crecimiento acabará deteniéndose. Para que nuestras economías sigan avanzando debemos ser insaciables. La base en la que se sustenta la economía moderna es nuestro deseo ilimitado de cosas. Pero en lo más profundo de nuestro corazón sabemos que ese camino conduce a la locura.

Hace algunos años, la revista satírica estadounidense *The Onion* publicó un artículo sobre Chen Hsien, un trabajador chino ficticio que producía «mierdas de plástico» para estadounidenses aburridos. Fiel al estilo de *The Onion*, el artículo se situaba en la frontera de lo ofensivo aunque aludía a un asunto real. Chen siempre sacudía la cabeza, asombrado por las cosas increíblemente inútiles que le pedían que hiciera, desde una picadora-cortadora de verduras hasta un dispensador de bolsas de plástico, pasando por utensilios para hacer tortillas en el microondas, lupas de lectura que brillan en la oscuridad, cajas para guardar archivos con motivos navideños, estuches para lentes de contacto con forma de animales y colgadores de pared adhesivos. «Y también oigo decir que, cuando ya no quieren una cosa, simplemente la tiran. Es tan derrochador y detestable —se burla—. ¿A qué viene la demanda de tantos cacharros de cocina? Puedo entender que se tenga un buen wok, un cocedor de arroz, un calentador de agua para el té, un hornillo, algunos enseres, una buena vajilla, una tetera con colador y quizá un termo. Pero todas esas cosas extra ¿dónde las meten los estadounidenses? ¿Cuántas veces utilizan una bandeja para tacos? “Oh, necesito este organizador para el cajón de los cubiertos o tendré un ataque.” Calla la boca, estúpido americano.»^[4]

La diatriba de Chen da en el blanco, porque la mayoría de quienes vivimos en el mundo rico sabemos que adquirimos constantemente cosas que nunca supimos que queríamos y que nunca utilizaremos de nuevo. Los anuncios y la envidia hacia nuestros amigos y vecinos nos motivan a comprar más y a renovar todo de manera continua. Cuando leas esto, mi iPhone 5 será un chiste. Sabemos también que artículos como las lavadoras y las tostadoras están deliberadamente diseñados para romperse, de modo que compremos aún más en un ciclo de consumo sin fin.

La clase de cosas que fabrica Chen parecen ridículas, pero no son ni mucho menos ficticias. El catálogo de compra de SkyMall, que permite a los pasajeros de la aerolínea comprar desde la comodidad de sus asientos, ofrecía una serie de artículos imprescindibles, entre ellos un retrato de tu mascota disfrazada de noble del siglo XVII (49 dólares), una cabeza de ardilla para colgar en la pared (24,95 dólares), una estatua colgante de un mono de la jungla a tamaño real (129 dólares) y, lo más importante, unos labios de goma para tu perro (29,95 dólares). Cuando los economistas dicen que los actuales problemas del mundo están provocados por una falta crónica de demanda, uno se pregunta qué más podríamos desear.^[5]

Desde el punto de vista de la economía, el mundo nunca ha estado tan bien y nuestro poder adquisitivo nunca ha sido tan prodigioso. Estados Unidos ha crecido de manera más o menos continuada desde que se publicó la primera serie de contabilidad nacional en 1942. Lo mismo puede decirse de Gran Bretaña y la mayor parte de Europa. Después de una breve interrupción tras la crisis financiera de 2008, la mayoría de las economías han retomado su trayectoria ascendente, aunque a un ritmo más tranquilo. De modo que, si bien el crecimiento se ha ralentizado, nuestras economías jamás han sido tan grandes. Si el crecimiento acumulado es un indicador del bienestar, deberíamos estar más satisfechos que nunca.

Un problema evidente de depositar demasiada fe en el crecimiento es que sus frutos nunca se reparten de manera equitativa. Nuestra medida estándar para la renta media — o el bienestar— se calcula dividiendo el tamaño de la economía de un país entre el número de personas que viven en él. Las medias son una trampa. Resultan muy engañosas. Los banqueros ganan más que los panaderos, que ganan más que los desempleados. En un ejemplo extremo, si todo el pastel económico de un país rico fuera para un único individuo y nadie más recibiera una parte, a la persona media le iría muy bien, muchas gracias; no obstante, una persona normal se habría muerto de hambre.

El mundo real no es tan extremo —con la excepción de Corea del Norte, en todo caso—, pero incluso en países como Estados Unidos las medias pueden estar muy distorsionadas. Imaginemos por un momento que una gran parte de la riqueza creada cada año ronda solo el 1 por ciento, o incluso el 0,1 por ciento, de la población. ¿Suena inverosímil? De hecho, el 0,01 por ciento de los estadounidenses más adinerados, dieciséis mil familias, ha visto cómo su proporción de la riqueza nacional se multiplicaba por cinco desde 1980. Ahora disfrutan de un pedazo del pastel económico estadounidense mayor que el de sus homólogos en la llamada «Edad Dorada» de finales del siglo XIX.^[6] Si la economía de tu país solo crece porque los ricos se están haciendo más ricos y porque tú trabajas cada vez más duro para poder mantener tus condiciones de vida, entonces tienes derecho a plantearte para qué, precisamente, sirve este crecimiento.

Esta pregunta es muy pertinente, porque un estudio tras otro muestra que la felicidad de las personas no depende de su riqueza absoluta, sino más bien de su riqueza relativa con respecto a quienes las rodean. El experimento descrito en un artículo llamado «Los monos rechazan un pago desigual» explica que en un principio dos monos capuchinos estaban satisfechos cuando, al realizar correctamente una tarea, recibían pepinos como recompensa. Pero cuando

más tarde uno fue recompensado con unas uvas más sabrosas, el otro, que seguía recibiendo el pobre pepino, se enfadó y tiró con rabia la otrora satisfactoria hortaliza a su adiestrador.[7] Aunque la economía de los monos había crecido, puesto que las uvas son mejores que los pepinos, la desigualdad resultante no produjo más que descontento. Los humanos somos iguales. Cuando los empleados de la Universidad de California recibieron información acerca de los salarios de sus colegas, quienes descubrieron que sus sueldos estaban por debajo de la mediana se sintieron de repente menos satisfechos y se volvió más probable que buscaran otro trabajo. La actitud de los que ganaban por encima de la mediana no resultó afectada.[8]

Así, el crecimiento económico es, en parte, el efecto agregado de una carrera armamentística entre individuos que siempre necesitan ir un paso por delante de sus vecinos. Imagina que vas a un restaurante de tu barrio y descubres que ya nadie está dispuesto a trabajar por el sueldo de un camarero o de un cocinero. Tu riqueza relativa depende de la pobreza relativa de otro. Y es esa compulsión individual por ponerse por delante, o permanecer delante, lo que nos mantiene corriendo cada vez más rápido en la rueda de hámster económica, impulsando la economía hacia delante sin que nos haga más felices. Si un camarero gana cien mil dólares al año, tú debes ganar doscientos mil para que él te siga sirviendo la comida. Si él gana doscientos mil dólares, tú debes ganar cuatrocientos mil, y así sucesivamente.

No siempre ha sido así. Durante miles de años nadie había oído hablar del crecimiento. Las economías agrícolas eran casi estáticas. Solo a partir de la Revolución industrial los humanos empezaron a ser capaces, poco a poco al principio, de aumentar la producción de año en año. Esa es la razón por la que Gran Bretaña, luego Europa, después Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda comenzaron a despegarse de manera gradual del pelotón, dejando atrás a las economías predominantemente agrícolas de Asia, África y Latinoamérica.

Si el crecimiento es un concepto más o menos nuevo para las sociedades humanas, la economía lo es aún más. Antes de la invención del PIB, aunque te lo propusieras, era bastante difícil definir qué era una economía. Hasta entonces, una economía constituía en gran medida el ahorro de un gasto, lo que Jane Austen quería decir cuando escribió a su hermana en 1808 para decirle: «Comeré hielo y beberé vino francés y estaré por encima de la vulgar economía».

[9]

Ahora todos conocemos de sobra conceptos como la «economía» y el «crecimiento económico». Hasta podría decirse que controlan nuestra vida. Pero ¿qué significan exactamente? Si los expertos han diseñado un sistema que no nos ayuda a entender nuestra realidad, entonces el Gobierno también carece de una métrica fiable con la que comprender a la sociedad. Y si lo que estamos midiendo está equivocado o es insuficiente, entonces la orientación y las políticas que obtendremos también estarán equivocadas o serán insuficientes. Los gobiernos desarrollan medidas políticas para maximizar los resultados obtenidos. Durante décadas eso ha significado maximizar el crecimiento.

En Reino Unido, los primeros ministros Tony Blair y David Cameron pusieron en marcha proyectos para medir el bienestar, además del crecimiento económico. Aunque estos esfuerzos se fueron extinguiendo en la opinión pública, empezaron a modificar el debate y a influir en cómo piensan en la economía quienes diseñan las políticas. Reino Unido, por ejemplo, fue pionera en el intento de medir servicios públicos como la sanidad y la educación, que son infraestimados por los criterios económicos convencionales.

En Francia, el expresidente de centro derecha Nicolas Sarkozy, que no era exactamente conocido por atentar contra los fundamentos del capitalismo, estableció la Comisión sobre la Medición del Desempeño Económico y el Progreso Social. En el prólogo del documento resultante escribió: «No cambiaremos nuestro comportamiento a menos que cambiemos la manera en que medimos el desempeño económico». Según dijo, hace tiempo que los expertos sa-

ben que no estamos midiendo de manera adecuada nuestras economías, por no hablar de nuestro bienestar: «Sabíamos que nuestros indicadores tenían limitaciones, pero seguimos utilizándolos como si no fuera así [...]. Hemos desarrollado un culto a los datos y ahora estamos atrapados por ellos».^[10]

El peligro, dijo Sarkozy en unas declaraciones que presagiaban una respuesta populista en todo el mundo, era que la gente advertía instintivamente cuándo la estaban engañando. «Así es como empezamos a crear un abismo de incompreensión entre el experto seguro de su conocimiento y el ciudadano cuya experiencia vital está desligada por completo de la historia que cuentan los datos. Este abismo es peligroso porque los ciudadanos acaban creyendo que los están engañando. Nada es más destructivo para la democracia.»

Vivimos en una sociedad en la que un clero de economistas con formación técnica, que maneja impenetrables fórmulas matemáticas, establece el marco del debate público. En última instancia, son ellos quienes determinan cuánto podemos gastar en nuestras escuelas, bibliotecas públicas y ejércitos, cuánto desempleo es aceptable o si es correcto imprimir dinero o rescatar a bancos derrochadores.

La frase de Bill Clinton «Es la economía, estúpido» significaba que a los votantes solo les preocupaba el estado de la economía. En ese momento, esa afirmación era bastante cierta. Aunque pocas personas pudieran dar una definición precisa de lo que era realmente la economía, muchas votaron de acuerdo con su percepción de cómo esta se estaba desarrollando. Ello podía basarse en la experiencia personal, si sus trabajos parecían seguros y los pagos de la hipoteca eran asumibles. Sin embargo, dos trimestres de algo tan impreciso como el crecimiento negativo —la definición técnica de una recesión— podían ser suficientes para ente-

rrar una carrera política. Los votantes habían sido secuestrados por un concepto abstracto.

Desde entonces, algo ha cambiado. La reacción negativa de la que somos testigos sugiere que la gente considera que el tiempo de los economistas y de sus engañosas representaciones de nuestra vida ha terminado. Puede ser muy liberador, aunque también muy peligroso. No queremos que quienes no son expertos construyan puentes, piloten aviones o realicen operaciones a corazón abierto; ¿acaso queremos que quienes no son economistas dirijan nuestras economías? El problema de los economistas es que con frecuencia alardean de una precisión científica que su profesión no tiene. También hablan un lenguaje que no concuerda con la experiencia vivida por la gente. Por esta razón es tan importante que los ciudadanos aprendan los rudimentos del lenguaje de los economistas y adquieran las herramientas para analizar lo que estos les cuentan y, si es necesario, exigir cambios.

Los defensores del PIB aseguran que su objetivo nunca fue reflejar el bienestar. Criticarlo por no conseguir captar lo que es importante en la vida es como culpar a una cinta métrica por no revelarnos nada sobre el peso o el carácter de una persona. La réplica sería válida si la economía fuera otro concepto más, uno de los muchos que utilizamos para juzgar nuestra situación como sociedades. Pero el crecimiento económico se ha convertido en un fetiche, un indicador de aquello que se supone debe preocuparnos, y en un altar en el que estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio. En aras del crecimiento, nos dicen, quizá tengamos que trabajar más horas, recortar los servicios públicos, aceptar una mayor desigualdad, renunciar a nuestra privacidad y dar total libertad a los banqueros que «crean riqueza». Si los ecologistas tienen razón, la búsqueda de un crecimiento sin fin podría amenazar la propia existencia de la humanidad, destruir la biodiversidad y llevarnos a unos niveles insostenibles de consumo y emisiones de CO₂ que pueden destruir el planeta del que depende nuestra riqueza.

za. Solo la economía considera una virtud la expansión sin límite. En la biología se conoce como cáncer.^[11]

Guiarte amablemente por los tecnicismos del PIB es uno de los objetivos del libro. También lo es detallar las posibles alternativas, ninguna de ellas perfecta, de medidas de riqueza, igualdad y sostenibilidad a indicadores de «bienestar subjetivo» (lo que para ti y para mí es la felicidad).

El propósito final no es declarar la guerra al crecimiento, aunque algunos así lo crean. Más bien, el fin es mostrar lo que está mal en la medición del crecimiento con la esperanza de que podamos derribarlo de su pedestal. El modo en que medimos nuestras economías tiene su lógica, aunque esta se está volviendo irracional según pasamos de la manufactura a los servicios y de lo analógico a lo digital. Pero se trata de una medida muy limitada, una rendija en la ventana a través de la cual observamos el mundo. Tenemos que ampliar nuestra perspectiva para que la imagen que captamos refleje mejor nuestra vida.

Este libro surgió porque, después de escribir durante veinte años para *The Financial Times* desde los cinco continentes, he llegado a la conclusión de que la costumbre de ver el mundo a través del prisma del crecimiento económico está distorsionando nuestra percepción de lo que es importante. Lo sé porque yo aprendí a hacerlo. A partir de la década de 1990, cuando al principio de mi carrera informaba desde América Latina, aprendí a comparar cualquier número con el PIB y a mencionarlo en casi todos los artículos, para transmitir un poco de *gravitas*. No dediqué mucho tiempo a preocuparme por lo que era exactamente el PIB o qué se suponía que significaba.

Solo años después empecé a pensar más en ello. Mi experiencia en Japón a mediados de la década de 2000 fue uno de los factores desencadenantes, cuando informaba sobre un país cuya economía, en términos convencionales, se había estancado. Con frecuencia, se escribía acerca del país nipón como si fuera una especie de caso perdido atrapado en una recesión perpetua y sin el ingenio necesario para huir de aquella situación desesperada. No me parecía